

# COMUNICACIÓN PARA LA CONVIVENCIA

Serie «Estudios para la paz», 37

FUNDACIÓN  
SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ



**MIRA EDITORES**

## 7. COMUNICACIÓN EN LOS CONFLICTOS Y CULTURA DE PAZ





# PERIODISMO EN CONTEXTO DE CONFLICTOS Y EN PROCESOS DE PAZ

ROSA MARÍA CALAF

Periodista. Corresponsal internacional



El 27 de febrero de 1968, los estadounidenses en sus casas a la hora de la cena vieron en la pantalla de su televisor como el mítico periodista Walter Cronkite, conocido como el hombre más fiable de América, ponía muy en duda desde Saigón la versión oficial de lo que estaba sucediendo en Vietnam. Una crítica insólita tras varios años de apoyo mediático generalizado. En la Casa Blanca, el presidente Johnson exclamó: «Si hemos perdido a Cronkite, hemos perdido la guerra».

Era indiscutible entonces —y lo es ahora— la influencia de los medios de comunicación, fueran convencionales o sean digitales, en la formación de la opinión pública sobre cualquier asunto y más, si cabe, ante una situación bélica.

Los medios contribuyen a que las cosas cambien o a que sigan igual, a que mejoren o a que empeoren. en suma, influyen en la génesis, en el desarrollo y en el desenlace de los conflictos.

El papel de la prensa es tan determinante como el de los misiles, o más. En Sarajevo, después del cese de las hostilidades, recuerdo que decían que nunca se hubiera llegado a lo que se llegó si no hubiera sido por la guardia pretoriana mediática de serbios y croatas. En la guerra de Irak, los medios norteamericanos fueron altavoz: sin la prensa complaciente no se hubiera ido a la guerra.

Los medios no deben actuar a modo de munición ideológica, no deben banalizar la información, no deben convertirla en espectáculo.

Es mucha la responsabilidad del periodismo, por acción y por omisión, tanto ante la violencia como ante la paz. Su contribución a la hora de conformar una cultura de respeto por los derechos humanos es fundamental.

El tratamiento informativo en cuanto al fondo —lo que se cuenta—, y en cuanto a la forma —cómo se cuenta— es, pues, esencial para la creación de una sociedad sana que, para serlo, necesita una visión plural e independiente, una información inclusiva, veraz, respetuosa con los

hechos, así como un lenguaje preciso que, en tiempo de conflicto, significa evitar las expresiones de los combatientes y los eufemismos porque querer cambiar el sentido de las palabras es querer cambiar las ideas. Únicamente así la comunidad de personas será capaz de enfrentarse a las intenciones desinformadoras, hoy abrumadoramente presentes.

Siempre ha habido buen y mal periodismo. Siempre ha habido voluntades manipuladoras de la información rigurosa. Nunca ha sido fácil hacer visible lo que no se quiere que se vea y contar lo que se quiere que se calle. No obstante, en la actualidad, parece que se invierte, más que nunca, en desinformar y que se consigue, mejor que nunca, con gran eficacia en malas prácticas.

La manipulación y la propaganda siempre han existido, el sensacionalismo también, pero, en la actualidad, su uso es más sofisticado y su alcance más veloz y más amplio. Evidentemente, estas características son aplicables al periodismo de conflicto.

Yo no me considero una corresponsal de guerra. Soy una corresponsal que me ha tocado cubrir situaciones de violencia porque se hacían estallar conflictos en las sucesivas regiones de las que yo me ocupaba.

Me tocó la invasión norteamericana de la isla de Granada en el Caribe, la revolución contra el dictador François Duvalier en Haití, el enfrentamiento entre la Federación Rusa y Chechenia, los Balcanes desde la supuesta paz de Dayton, la lucha por la independencia de Timor Oriental, los enfrentamientos por la tierra y el poder disfrazados de lucha religiosa en Filipinas, Borneo y su reclamación por la tierra disfrazada de lucha por la identidad, entre otros.

Yo me considero más una corresponsal de la vida... de la vida bajo la represión —Corea del Norte como buen ejemplo—. De la vida en la miseria —millones que nacen y mueren en el mismo lugar y entre un hecho y otro solo intentan sobrevivir—, de la vida en la discriminación —millones de mujeres usadas y abusadas (Amartya Sen denuncia que 100 millones de mujeres han desaparecido del mundo porque no son tratadas igual ni en nutrición, ni en educación, ni en salud, ni en seguridad)— y, desde luego y por encima de todo, soy corresponsal de la vida

en la fortaleza y en la determinación por ganar derechos negados y por no perder el futuro.

Especialmente destacable y olvidado el papel de la mujer presentada desde el terreno solo como víctima, que sin duda lo es, pero, rara vez es presentada como el sostén de la comunidad, que también lo es. Se invisibiliza su papel protagonista tanto si empuña las armas como las kurdas, como si se hace con empresas y comercios al enviudar o marchar sus maridos a la batalla.

La violencia, pues, no se ejerce solo con disparos y bombas, se ejerce utilizando los mercados como brazo armado, se ejerce con una economía depredadora, una política injusta, una comunicación mentirosa... en suma, cuando se priva a las personas de sus derechos y del ejercicio de sus libertades.

Todo esto está sucediendo, provocando conflictos y únicamente algunas tímidas y tambaleantes soluciones en este mundo... en el que hay muchos mundos, pero no podemos olvidar que todos están en este.

El periodismo debe estar muy presente y reflejar estas modalidades de conflicto al igual que los conflictos armados y que los necesarios procesos de paz, en los que se centra esta ponencia.

Lo primero que quería hacer notar es que la cobertura periodística de situaciones de hostilidad ha evolucionado significativamente tanto desde el punto de vista tecnológico como del conceptual que, por otra parte, se entrelazan y condicionan.

A grandes rasgos, durante la primera guerra mundial fue la fotografía, en la segunda guerra mundial fue la radio y el documental, en Vietnam fue la televisión con material elaborado, en el golfo fue la CNN 24 horas en directo, después fue Internet, fue el teléfono móvil... y, en estos momentos, es la conexión omnipresente e ininterrumpida desde cualquier lugar.

Han cambiado los conflictos.

Ya no son exclusivamente bilaterales, no hay frentes definidos ni ejércitos diferenciados, aparecen actores no estatales, el enemigo es menos visible, las razones más complejas, el armamento es sustancialmente

distinto porque no solo se dispara y se bombardea, sino que se ejecutan atentados, se lanzan ciber operaciones, se interviene en los mercados.

Ha cambiado el periodismo.

Se aleja con demasiada frecuencia de su vocación informativa sucumbiendo a intereses ajenos a la función periodística y se ve afectado por los males generales de la ética que se diluye y de la precariedad que se impone. Asimismo, al menosprecio de los hechos y a la desestimación de los datos. Lo superficial, lo inmediato, lo efímero son valores que arrollan el rigor, la veracidad, la contextualización. Prima lo que impacta sobre lo que importa.

Ha cambiado la manera en cómo son vistos los periodistas.

De observadores deseados por los bandos para transmitir su mensaje pasamos a ser objetivo comercial susceptible de secuestro y cobro de rescate. Posteriormente, fuimos considerados intrusos a ser asesinados como intimidación final con el objetivo de eliminar toda mirada ajena y, por último, nos convierten cada vez más en irrelevantes porque los combatientes elaboran y colocan su información/propaganda directamente en las redes que la consumen despreocupadamente sin filtro cuando su lógica comunicativa es la antítesis de lo que debe ser la tarea informativa. Y, por si fuera poco, además muchos medios con escasos escrúpulos celebran la gratuidad de ese material y lo usan disfrazado como si de material informativo serio se tratase.

Ha cambiado la tecnología.

Tenemos disponible una inigualable herramienta para facilitar el conocimiento cabal de las realidades... aunque eso solo ocurrirá si sus inmensas posibilidades son puestas al servicio de la obtención de un mejor contenido, no si el contenido es puesto al servicio de la todopoderosa tecnología. De hecho, el mayor gasto, en la actualidad, se hace en diseminar las noticias. Se invierte en el hardware, no en el software que son los periodistas. Se recorta personal, tiempo., recursos, formación. Se da como producto final lo que es más bien material en bruto, sin contexto, sin verificación, sin análisis ni reflexión.

Un periodista de la BBC, hace ya algunos años, se asombraba ante el número de informadores que llegaban a las situaciones de crisis de

un tiempo a esta parte y se refería a ellos como «esos que saben mucho de cubrir crisis y nada de las crisis que cubren». Por supuesto, esta afirmación exagera y exige matices, no obstante, refleja la inquietante tendencia a valorar un relato más apoyado en una estética cinematográfica de la violencia que, en los hechos, la trastienda, las responsabilidades. Un relato que usa a las víctimas y la destrucción como un decorado. Un relato que, en resumidas cuentas, persuade, no que proporciona saber y suscita preguntas en torno al tema tratado como marca la esencia periodística.

Por otra parte, desde un punto de vista general, cabe plantearse, si la prensa está donde está la noticia o si la noticia está donde está la prensa; si la red es un instrumento que proporciona una amplia gama de historias o solo es una caja de resonancia de un mensaje único en la que lo diferente no tiene cabida o es el sustento de algoritmos que produzcan burbujas informativas atrapa-lectores; si al periodista se le garantizan las condiciones para que pueda gestionar los riesgos, establecer las prioridades, comprometerse con el rigor rechazando todo efectismo gratuito como es imperativo en una cobertura de conflicto.

Por ejemplo, es muy discutible la invención del Pentágono en la última guerra de Irak consistente en empotrar a periodistas americanos y extranjeros en las unidades militares propias, conviviendo con los soldados, cuyo objetivo era corregir los engaños iraquíes y mostrar el cumplimiento de la ley de guerra por parte de las fuerzas estadounidenses. De hecho, complicaba la objetividad e intensificaba la actitud militar obstructiva. Por otra parte, el choque entre el secretismo militar y la transparencia periodística es inevitable, aunque, uno y otra corren el riesgo de ser usados como pretexto por los uniformados para esconder y por los periodistas para un todo vale.

Numerosos son los momentos difíciles por lo que respecta a la libertad de expresión, al derecho a la información cuando de asuntos conflictivos se trata.

Se dan, evidentemente, situaciones en las que el silencio se impone para no causar un mal mayor que el beneficio que se espera conseguir rompiéndolo. En mi opinión, como periodista solo puedo tomar la decisión de callar cuando este honestamente convencida de que, en



el momento, en que pueda revelar lo ocultado se va a comprender el peso de la razón por la que me incliné por esa decisión. Una toma de rehenes es un posible ejemplo claro porque revelar según que informaciones puede poner en riesgo sus vidas. El equilibrio de los derechos, la jerarquía de un derecho frente a otro, son cuestiones especialmente sensibles y difíciles.

Katie Adie, de la BBC, expone el dilema cuando se plantea sacrificar la verdad a la seguridad nacional. Se debe saber distinguir entre actitud patriótica responsable y militarismo, se debe buscar el equilibrio entre lealtad, responsabilidad y verdad. Decir la verdad no es una traición.

No puede ser tratada informativamente igual la víctima que el verdugo. Es necesario hablar de las víctimas y de los victimarios. No obstante, eso requiere posicionarse y provoca polémica en ocasiones.

No debo tomar partido por ningún bando, pero, y ¿delante de la injusticia? y ¿entre opresores y oprimidos? Siempre se toma partido, dice Xavier Giró, profesor universitario y especialista en situaciones de conflicto. Tenemos que ver qué temas se cuentan y qué temas no se cuentan y a quién se le da voz y a quién no. Asumir este cambio de lógica, dice Giró, es muy delicado porque evidencia que el periodista es actor, un ser ideológico, no solo mediador, transmisor y eso pone en cuestión la creencia mayoritaria. La cultura periodística más extendida rechaza la intromisión. Sin embargo, hemos de asumir que todos miramos la realidad con ojos ideológicos, educados en un modelo. Expulsemos, señala, la palabra objetividad en el trabajo periodístico. Si somos conscientes de nuestros condicionantes, sesgos culturales, prejuicios los neutralizaremos mejor.

No hay que eximir actos criminales sean del lado que sean. Es perentorio mostrar la inhumanidad de la guerra. Explorar y explicar los conflictos en su complejidad.

Cada vez es más difícil relatar la violencia dispersa y mutante, como hemos visto en el caso de la guerra en Siria. Cada vez más países alcanzan un estatus de potencial destabilizador mundial como muestra el caso de Yemen.

El que hoy en día, acorde con dudosos intereses económicos y geopolíticos alejados del bien común mundial, haya conflictos de primera y conflictos de segunda y conflictos olvidados refuerza la percepción de una estructural hipocresía internacional.

El que la cobertura informativa suela ser de aniversario de genocidio más que del mismo genocidio, de acontecimientos más que de procesos indica una escasa voluntad de excelencia informativa.

Me voy a permitir un ejemplo personal. Un mes después del tsunami que asoló el sudeste asiático en el 2004, se programó un especial de varias horas en TVE recopilatorio y solidario. Propuse una pieza de unos doce minutos sobre los conflictos militares de vieja data activos en Sri Lanka y en Aceh (Indonesia) y las esperanzas que se atisbaban de que la tragedia pudiera propiciar su fin y traer la paz. El tiempo de mi intervención televisiva se redujo a la fugacidad de menos de dos minutos y el especial se concentró en la emoción más que en el conocimiento. Evidentemente, ya nunca pude explicar como es debido que la paz llegó casi de inmediato en el caso de Aceh gracias al desastre mientras que en el caso de Sri Lanka la pacificación fue algo más tardía y algo más violenta y de la mano de intereses extranjeros cuando intervino China interesada en una construcción sin problemas de un puerto en la costa ceilanesa para su nueva ruta de la seda.

¡Qué pocas crónicas vemos sobre la paz, sobre la respuesta no violenta a una confrontación, sobre la resistencia pacífica, sobre la reconciliación!

¡Cuán necesarias son más historias que enseñen la dificultad de las negociaciones de paz y los esfuerzos de las comunidades para preservarla y para prevenir la violencia!

¡Cuánto hay que repetir que la paz no se consigue con la guerra!

El que se informe de crisis —las homologadas— y no se informe de precrisis ni de poscrisis muestra indiferencia hacia el objetivo de servicio del periodismo puesto que, si se informara de precrisis, tal vez no llegarían a convertirse en crisis y, si se informara de poscrisis, tal vez no se repetirían.

Sin duda es preceptivo informar de la tragedia, aunque no únicamente. Asimismo, hay que hacerlo de las limitaciones del conflicto. En muchas ocasiones, los llamados pozos informativos responden, en realidad, más que a mala intención a precarios recursos, mala logística, falta de comprobación, escaso tiempo. Por ello, esa comprensión incompleta puede variar si se dispone de más elementos.

Es clave hacer entender a la población que las soluciones no violentas son posibles, así como a los líderes y a los editores de prensa y a los *influencers*.

Es necesario, pues, un cambio de paradigma, de filosofía de fondo o lo que es lo mismo de compromiso mediático con una cultura de paz.

No es sencillo. A veces, nuestra paz es en parte responsable de otras guerras. Convive con tantas guerras olvidadas, conflictos que se esfuman. La prensa pierde la memoria enseguida. Tras un alud informativo viene el olvido. Los medios se van mientras que los problemas y las víctimas se quedan. No obstante, la ciudadanía receptora de la información asume o prefiere asumir que la situación está resuelta o en vías de solución. La violencia física acaba, pero, las heridas psicológicas y la violencia social no

Hay un tiempo de noticia, hay un tiempo de cansancio y no hay un tiempo de recuerdo. Las consecuencias de los conflictos no interesan; cuando resulta que la paz pasa por la recuperación de la memoria, precisamente, frente al olvido.

Eso nos hace pensar que debería haber un planteamiento estratégico estructural, anterior a la información puntual, o lo que sería lo mismo, la determinación de un periodismo que contribuya a la resolución y a la prevención de conflictos y a la paz. Por lo tanto, que establezca de una manera distinta dónde se pone el foco informativo y cómo se construye el relato.

A grandes rasgos, es clave evitar el impacto gratuito que empuja a la venganza, la deshumanización de un bando, el uso del lenguaje de los combatientes, los mensajes sin contextualizar, sin explicar, que confunden y asustan.

Es imprescindible siempre señalar si se trabaja bajo censura o sujeto a imposiciones de movimiento, de contacto con la gente porque en eso se sustenta el contrato de confianza con el receptor de la información. Con cada vez más frecuencia, en el terreno te llevan, sea en grupo o individualmente, a ver una determinada localización que no eliges tú y te vetan otras y, naturalmente, eso hay que explicarlo.

En los conflictos y en los pre conflictos, se produce una constante: la estrategia de manipulación de la prensa por parte de los beligerantes. Periodistas y medios deben esmerarse en no caer en la trampa. De ahí que la formación y la experiencia adquieran una relevancia primordial.

Y, sin duda, la ética, que parece difuminarse o ser de quita y pon. No todo vale con tal de conseguir audiencia o de complacer a la que tenemos.

He visto cómo se provocaba que jóvenes lanzasen piedras o quemasen una bandera junto a la cámara o cómo se tomaban planos cerrados de una protesta con el fin de ocultar que el número de participantes era exiguo.

El monumento a Sadam Hussein, en Bagdad, que mostraron las pantallas cómo era derribado por una turba enfervorecida de iraquíes que expresaban de esta manera su repulsa al dictador y su agradecimiento a las tropas norteamericanas por su liberación. Sin embargo, lo que no vimos fue que minutos antes no había nadie en esa plaza, que los soldados estadounidenses habían ido llegando en sus vehículos y con parsimonia habían colocado la cuerda en torno al cuerpo de la estatua mientras personal civil traía a los periodistas y a los patriotas para que representaran su papel.

Una cultura de paz no se hace sola. Requiere esfuerzo y voluntad. Requiere por encima de todo una información responsable, comprometida con la veracidad y con el respeto por las personas.

No se puede olvidar que las cámaras, la prensa, pueden provocar modificaciones del comportamiento para bien y para mal. En Timor Oriental su presencia, en una ocasión, incitó al asesinato a machetazos de un partidario de la independencia, pero en otra, por el contrario, evitó el linchamiento de un colaboracionista con el gobierno ocupante

de Yakarta. Como profesional, saber interpretar las señales y cuándo grabar o no marca la diferencia.

No es fácil tomar esa decisión y tantas otras en situaciones de extrema tensión y mientras se desarrollan los acontecimientos con rapidez.

Durante el enfrentamiento indo-paquistaní, fotografiar la matanza en un estadio de detenidos de Pakistán a golpe de bayoneta por los soldados indios les valió un premio Pulitzer a Horst Fass y Michel Laurent. Ambos fueron severamente criticados por tomar esas fotografías al igual que la organización del premio por otorgárselo. Sin embargo, Indira Gandhi dijo que aquellas fotos que habían causado tanto rechazo, causaron asimismo que se diera la orden al ejército de no repetir acciones similares.

Otros ganadores de Pulitzer, el autor de aquellas instantáneas en África que mostraban neumáticos en llamas alrededor del cuello de las víctimas aterrorizadas y el fotógrafo que, en el 1994, mostró a aquella niña sudanesa desnutrida a punto de morir con un buitre a pocos pasos, acabaron suicidándose. Muchos estiman que las polémicas fotografías tuvieron que ver con ese desgraciado final.

Si una imagen puede tener tanta influencia, ¿cómo no influirán los mensajes diseminados por los medios!, por la radio, la televisión y, sobre todo en la actualidad, por la red.

¿Quién ha olvidado las campañas de odio en las televisiones serbia y croata, meses antes de que estallase la guerra? ¿De qué modo Milosevic y Tudjman las usaron para propagar amenazas imaginarias, supuestas humillaciones, falsas atrocidades y caricaturas históricas a menudo preparadas por respetados intelectuales y figuras religiosas?

Se contraponen, pues, un periodismo de paz y un periodismo de guerra.

Por eso se requiere que se faciliten instrumentos a los medios de comunicación para que sean capaces de ofrecer nuevas formas de análisis que ayuden al ciudadano a considerar respuestas no violentas.

El noruego Johan Galtung, politólogo e investigador sobre la paz, habla de dotar a los informadores de una perspectiva nueva que, sin

dejar de informar verazmente, conduzca a elaborar las noticias de manera que no agraven las hostilidades, sino que propicien su solución.

Pero, no es de extrañar que haya no pocas reticencias ante este cambio de práctica puesto que exige más recursos a las empresas periodísticas y un mayor esfuerzo a los periodistas, que soportan un grave estado de precariedad.

No es frecuente encontrar crónicas que versen sobre una respuesta no violenta a un conflicto, que describan una resistencia pacífica, que enseñen un trabajo de reconciliación y los esfuerzos de las comunidades para prevenir la violencia y preservar la paz.

Existen muchas organizaciones, centros, especialistas que trabajan en la mediación y vale la pena aprovecharlos como fuentes. Pero, es evidente que los mediadores y sus soluciones no tienen aceptación en la prensa.

Quiero detenerme ahora en el papel que están ejerciendo las mujeres en negociaciones de paz.

En general, se considera que están más preparadas para prevenir y resolver conflictos. En Ruanda se concluyó que mientras que los hombres tutsi y hutu perseguían en la mesa negociadora vencer al otro, las mujeres perseguían acordar bases de convivencia.

El ámbito femenino suele participar activamente en los movimientos a favor de la paz en sus comunidades. Pese a ello, su ausencia en las mesas de negociación es notoria.

En los últimos años, ha aumentado la comprensión de sus aptitudes y habilidades y se ha empezado a ver como un error que queden al margen del proceso de adopción de decisiones sobre asuntos relacionados con la guerra y la paz, su mantenimiento y su consolidación.

Naciones Unidas ha adoptado varias resoluciones que promueven una mayor participación femenina, integrar género y derechos como parte de los procesos de paz y también de reconstrucción, así como más protección durante los conflictos. Algo se ha hecho, pero los imperantes modelos patriarcales y androcéntricos son el escollo principal para

ir más allá de la retórica y conseguir una aceptable aplicación real del compromiso.

La mujer como intermediaria de la paz es una perspectiva a integrar sistemáticamente. Mujer, paz y seguridad deben componer el mismo paquete.

Son necesarias más historias que expongan la temperatura de la paz en los diversos conflictos, la dificultad de las negociaciones y que no confundan negociación con solución.

Historias que ayuden a entender a la población soluciones no violentas al conflicto y a promover nuevos líderes cuyo objetivo sea la paz. Es de suma importancia proporcionar conocimiento a editores y público no solo hacia la tragedia sino hacia las limitaciones del conflicto.

La producción mediática, sea convencional o digital, al igual que lanza estímulos de agresión, puede lanzar con idéntica fuerza todo lo contrario.

Me gustaría ahora recordar una antigua propuesta de Keith Spicer, de la Comisión Reguladora de Radio y Televisión de Canadá, que podría suponer un método de potenciar la paz cuando hay ambiente de guerra. Por una parte, se trataría de un tipo de plan Marshall para ayudar a los medios en las democracias emergentes a base de formación, ayuda económica, abaratamiento del acceso a las agencias de noticias, regulación, es decir, licencias por concurso transparente. Por otra, proponía asimismo Spicer algunas ideas específicas para evitar crisis a corto plazo:

1. Un sistema de alerta internacional cuando los medios de algún país empiezan a preparar el terreno para la guerra.
2. Un periodismo preventivo por parte de las grandes organizaciones mediáticas, con sumo cuidado de no caer en la propaganda tipo *La Voz de América* o *Radio Martí*.
3. Una vez estalladas las hostilidades, actuar para contrarrestar la propaganda/la mentira que las apoye.

La ONU puso en marcha algunas emisiones contra la radio Mil Colinas ruandesa que alentaba el genocidio. aunque lo hizo con mucho retraso. A su vez, apenas recibieron ayuda, en la ex Yugoslavia, el

periódico de Sarajevo *Oslobodjenje* o la radio bosnia instalada en un barco *Derecho de Palabra*.

Una manera de prevenir la ruptura de la paz es reducir tensiones políticas y fomentar prácticas de desarrollo equilibrado e integración social efectiva. Los niños pueden ayudar aprendiendo a resolver disputas. La educación es una fórmula para el logro de la reconciliación y un potencial medio de prevención

Un serio problema, por supuesto, reside en quién podría desempeñar y controlar estas acciones. Según Spicer, lo mejor sería grupos privados similares al Comité de Libertad de Prensa en Virginia, Reporteros sin Fronteras, fundaciones como Soros o Gannet.

El propio Spicer admite, de todas maneras, una cierta dosis de utopía en su plan.

La diplomacia preventiva es relativamente reciente y no siempre aceptada. Es muy fina la línea con la interferencia. Además, es fundamental que no haya otros intereses más que la búsqueda real de la paz y no se diría que esta voluntad esté realmente en la agenda de la mayoría de países. No olvidemos que hay naciones que envían misiones de paz y venden armas al mismo tiempo.

Tolerancia, multiculturalismo, valores auténticamente democráticos sabemos que no mueven al capital.

El poder, por su parte, no siempre está inclinado a movilizarse positivamente ante los binomios información libre y responsable, democracia y paz.

El ciudadano, debe reconocer la necesidad de estar bien informado sobre los conflictos en el mundo y esforzarse en ese sentido con el fin de poder trabajar mejor por la paz. Pero, la indiferencia parece haberse instalado.

Los medios tienen la obligación de explicar un mundo caracterizado por los movimientos de capital, de personas, de ideas, de abusos, de crisis de seguridad global, de muros, de globalización de la exclusión, de interacción de las crisis, del conflicto como elemento endémico, de una realidad compleja, etc.



Sin embargo, el panorama mediático no parece estar a la altura, carente de voluntad y de compromiso para contribuir a una cultura de paz eficazmente.

La era de la comunicación se esperaba que cohesionase la sociedad y la condujera a la paz. Las nuevas tecnologías aparecieron como una renovada esperanza que hemos ido viendo cómo se disipaba en un escenario marcado por el escepticismo.

Desde 1945, el mundo no ha dejado de padecer conflictos bélicos, aunque menos que en otras épocas. Pero no cesan, son más aislados, caóticos, fuera de control, con violencia inusitada contra civiles; guerras con sus actores, sus muertos, sus desplazados, sus refugiados de los que casi nunca o nunca se habla en los medios; y, si lo hacen, aparecen descontextualizados y sin apenas explicación de causas, razones, responsabilidades.

Cuando desde Somalia se secuestraron naves y cooperantes, el periodismo se interesó por el desenlace de esos sucesos, pero no por la situación de la población local de un país cuya esperanza de vida no supera los 45 años.

Médicos sin Fronteras llama la atención sobre enfrentamientos que parecen no tener fin y que permanecen año tras año en su informe anual. La sensibilización es un método de lucha porque las víctimas de estos conflictos necesitan que se hable de su estado como vía de posible salida.

Es muy útil interpretar las señales y mediar para prevenir. Sin embargo, recibir el toque de alarma y actuar con rapidez y eficacia son dos cosas distintas. Lamentablemente, tenemos el claro ejemplo de Srebrenica.

No quiero dejar de referirme a la Unión Europea y su comportamiento en relación a la paz.

Se diría que se ha quedado sin capacidad para prevenir que los Estados frágiles se conviertan en Estados fallidos.

Sus propios informes señalan que las misiones internacionales suelen tener menos personal del requerido. Esta es, ciertamente, una queja que he escuchado repetidamente sobre el terreno.

La debilidad institucional europea representa el mayor reto para el orden y la estabilidad mundial.

Saber identificar el problema lo antes posible y aplicar los apropiados remedios es crucial.

La impresión es que la UE, en las zonas de riesgo, actúa de forma insuficiente. Que la influencia como poder civil que quiere y dice tener no parece tan evidente y que de todo esto no se habla en los medios.

La UE actúa por debajo de lo que sería necesario en las zonas en conflicto. Esta fue la conclusión de un informe y mi impresión muchas veces sobre el terreno. Mientras que, según los analistas, cuenta con una posición ventajosa para contribuir a los esfuerzos de paz en el exterior porque, aparte del amplio presupuesto de desarrollo, cuenta con una red de cuarenta mil diplomáticos para aportar información y apoyo.

Vivimos una crisis de seguridad mundial. Construimos un mundo amurallado. Globalizamos la exclusión. De ahí la importancia de un periodismo que contribuya a movilizar contra las perversas tendencias actuales, sobre las que alerta Federico Mayor Zaragoza en su escrito *Deber de memoria, delito de silencio*, proponiendo una gobernanza multilateral democrática. De ahí la necesidad de un periodismo para la transformación social que afirme valores y libertades y que se sustente en ellas. Un periodismo que sea clave en la prevención y resolución de conflictos y que se comprometa con la construcción de una cultura de paz.